



Revista de la Asociación Española de

Neuropsiquiatría

ISSN: 0211-5735

aen@aen.es

Asociación Española de Neuropsiquiatría  
España

Pujante, David

La melancolía hispana, entre la enfermedad, el carácter nacional y la moda social

Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, vol. XXVIII, núm. 102, 2008, pp. 401-418

Asociación Española de Neuropsiquiatría

Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=265019651012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

mujeres, en cuanto que relativas al hombre, lo que viene a mostrar que no se sabe nada ni de los unos ni de las otras.

¿Qué es una mujer? ¿Es un disfraz, una estratega perversa, una máscara de sufrimiento? ¿No es nada de esto o lo es todo a la vez? En resumen: ¿Qué quiere la mujer?

#### BIBLIOGRAFÍA

- (1) RIVIÈRE, J., y otros, *La femineidad como máscara*, Barcelona, Tusquets, 1979.
- (2) MÁRAI, S., *La amante de Bolzano*, Barcelona, Salamandra, 2003.
- (3) MÁRAI, S., *La mujer justa*, Barcelona, Salamandra, 2005.
- (4) MÁRAI, S., *La herencia de Ezter*, Barcelona, Salamandra, 2006.
- (5) PLATÓN, «Banquete» en *Diálogos III*, Madrid, Gredos, 1986.
- (6) FERRAND, J., *La melancolía erótica*, Madrid, AEN, 1996.
- (7) SAPHOUAN, M., *La sexualidad femenina según la doctrina freudiana*, Barcelona, Crítica, 1979.
- (8) JONES, E., *Obras escogidas*, Barcelona, RBA, 2006.
- (9) FREUD, S., «La organización genital infantil», *Obras completas IV*, Barcelona, RBA, 2006.
- (10) FREUD, S., «La disolución del complejo de Edipo», *Obras completas IV*, Barcelona, RBA, 2006.
- (11) GAY, P., *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Paidós, 1996.
- (12) FREUD, S., «Sobre la sexualidad femenina», *Obras completas IV*, Barcelona, RBA, 2006.
- (13) COLINA, F., *Deseo sobre deseo*, Valladolid, Cuatro Ediciones, 2006.
- (14) FREUD, S., «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica», *Obras completas IV*, Barcelona, RBA, 2006.
- (15) MILLER, J. A., *Introducción a la clínica lacaniana. Conferencias en España*, Barcelona, RBA, 2006.
- (16) SOLER, C., *Lo que Lacan dijo de las mujeres*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- (17) ÁLVAREZ, J. M.; ESTEBAN, R.; SAUVAGNAT, F., *Fundamentos de psicopatología psicoanalítica*, Madrid, Síntesis, 2004.
- (18) LACAN, J., *Seminario V. Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- (19) KAPLAN, L., *Perversiones femeninas. Las tentaciones de Emma Bovary*, Buenos Aires, Paidós, 1994.
- (20) FREUD, S., «Fetichismo», *Obras completas IV*, Barcelona, RBA, 2006.

\* Francisco Vaccari, MIR de Psiquiatría del Hospital Universitario del Río Hortega de Valladolid.  
 Correspondencia: C/ Orión 2, 47014 Valladolid. franjov@yahoo.com

\*\* Fecha de recepción: 10-XI-2007 (aceptado el 25-IV-2008).

La

La r  
 conforme  
 cada vez  
 Desde el  
 contempo  
 'científic  
 cial y obj  
 negra' de  
 Kristeva  
 psíquicas  
 semiológ  
 se revise  
 tanto, Le  
 nueva ed  
 lía»<sup>2</sup>. Así  
 científico  
 regreso tr

Esto  
 Antiguos  
 La cosmo  
 Antigüed  
 y de com  
 de arte, d  
 del gusto  
 guerras d  
 de los ma  
 antigua d  
 en revalor  
 el estudio  
 Parti  
 toria cultu

<sup>1</sup> Julia

<sup>2</sup> Wolf

co en el título, es un concepto que se mueve entre la enfermedad, el carácter nacional y la moda social.

Es habitual que nos topemos con la convicción social de que la melancolía ha sido durante siglos una característica del español, un carácter (el español) fraguado en la época imperial, y que encontró su mejor expresión en la literatura y en las artes de los Siglos de Oro. Pero se imponen una serie de matices a tan asumido planteamiento. Si atendemos pormenorizadamente a nuestra literatura de los siglos XVI y XVII, vemos que en realidad los melancólicos de nuestras obras literarias sufren un importante cambio con el paso del tiempo, un cambio que va de la *enfermedad* al *carácter*. Ese cambio es el que refiere Földényi como situación común en todo Occidente: el paso del *temperamento* melancólico renacentista al sentimiento de tristeza barroco, un modo de mirar y de estar en el mundo común a gran parte de la Europa barroca, principalmente Inglaterra y Alemania<sup>3</sup>. Pero en España ese sentimiento común europeo, al parecer, fragua en *carácter* nacional, por lo que se hace un asunto más interesante todavía para nosotros, españoles, y para los que nos miran desde fuera. Tan interesante resulta que Fumaroli, recientemente, construye todo un artículo cuya tesis es la prefiguración del carácter nacional francés *à rebours* de lo caracterológicamente español (entrancando con el gran Montaigne, el primero en darse cuenta de la moda literaria de la melancolía y el primero en denostarla); y él dice: «Enfermedad nacional en Inglaterra, moralmente destructiva o literariamente fecunda, la melancolía era tenida en la misma época por los españoles como el asiento humoral, sano y superior de su carácter nacional»<sup>4</sup>.

A quien debemos la unión y el paso de la melancolía entendida como *enfermedad* a la melancolía considerada como *carácter nacional español* es, según el propio Fumaroli, a Huarte de San Juan:

Huarte no se contentaba con *clasificar a los individuos según su temperamento* y la capacidad de espíritu que tal temperamento les permitía. Combinando la astrología de las ‘influencias’ y de las ‘conjunciones’ fastas o nefastas, con la física de los cuatro elementos, la medicina de los cuatro humores, la tipología de los temperamentos, y la caracterización de los terrenos y los climas, proponía una *clasificación de los caracteres nacionales europeos*, a la cabeza de los cuales situaba a los Españoles<sup>5</sup>.

Juan Huarte de San Juan (1529-1589) es el médico y filósofo español que escribió un *Examen de ingenios para las ciencias*, de gran fama en toda la Europa

de su tierra. Adan y E...  
Dios con...  
do, el del...  
original, l...  
Paraíso, o...  
geográfico...  
sobre su...  
dríamos l...  
sobre los...  
tos ingen...  
conjunto...  
interesa e...  
tos tipos...  
obligue a...

Huare...  
rios, basa...  
tro cualida...  
cen, en su...  
flemático...  
tre, como...  
*Examen*<sup>6</sup>.

cuatro tem...  
clara y f...  
y flemáti...  
viduos. H...  
humores e...  
dos cualid...

Las...  
gasto de...  
hiriendo...

<sup>3</sup> Cf. László FÖLDÉNYI, *Melancolía*, Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1996, pp. 163 y ss.

<sup>4</sup> Marc FUMAROLI, «La mélancolie et ses remèdes: la reconquête du sourire dans la France classique», en: Jean CLAIR (dir.), *Mélancolie, génie et folie en Occident*, París, Gallimard, 2005, p. 211.

<sup>5</sup> Ibídem, p. 211. La cursiva es nuestra.

<sup>6</sup> Juan

<sup>7</sup> <http://>

co en el título, es un concepto que se mueve entre la enfermedad, el carácter nacional y la moda social.

Es habitual que nos topemos con la convicción social de que la melancolía ha sido durante siglos una característica del español, un carácter (el español) fraguado en la época imperial, y que encontró su mejor expresión en la literatura y en las artes de los Siglos de Oro. Pero se imponen una serie de matices a tan asumido planteamiento. Si atendemos pormenorizadamente a nuestra literatura de los siglos XVI y XVII, vemos que en realidad los melancólicos de nuestras obras literarias sufren un importante cambio con el paso del tiempo, un cambio que va de la *enfermedad* al *carácter*. Ese cambio es el que refiere Földényi como situación común en todo Occidente: el paso del *temperamento* melancólico renacentista al sentimiento de tristeza barroco, un modo de mirar y de estar en el mundo común a gran parte de la Europa barroca, principalmente Inglaterra y Alemania<sup>3</sup>. Pero en España ese sentimiento común europeo, al parecer, fragua en *carácter* nacional, por lo que se hace un asunto más interesante todavía para nosotros, españoles, y para los que nos miran desde fuera. Tan interesante resulta que Fumaroli, recientemente, construye todo un artículo cuya tesis es la prefiguración del carácter nacional francés *à rebours* de lo caracterológicamente español (entrancando con el gran Montaigne, el primero en darse cuenta de la moda literaria de la melancolía y el primero en denostarla); y él dice: «Enfermedad nacional en Inglaterra, moralmente destructiva o literariamente fecunda, la melancolía era tenida en la misma época por los españoles como el asiento humoral, sano y superior de su carácter nacional»<sup>4</sup>.

A quien debemos la unión y el paso de la melancolía entendida como *enfermedad* a la melancolía considerada como *carácter nacional español* es, según el propio Fumaroli, a Huarte de San Juan:

Huarte no se contentaba con *clasificar a los individuos según su temperamento* y la capacidad de espíritu que tal temperamento les permitía. Combinando la astrología de las ‘influencias’ y de las ‘conjunciones’ fastas o nefastas, con la física de los cuatro elementos, la medicina de los cuatro humores, la tipología de los temperamentos, y la caracterización de los terrenos y los climas, proponía una *clasificación de los caracteres nacionales europeos*, a la cabeza de los cuales situaba a los Españoles<sup>5</sup>.

Juan Huarte de San Juan (1529-1589) es el médico y filósofo español que escribió un *Examen de ingenios para las ciencias*, de gran fama en toda la Europa

de su tierra. Adan y E...  
Dios con...  
do, el del...  
original, l...  
Paraíso, o...  
geográfico...  
sobre su...  
dríamos l...  
sobre los...  
tos ingen...  
conjunto...  
interesa e...  
tos tipos...  
obligue a...

Huare...  
rios, basa...  
tro cualida...  
cen, en su...  
flemático...  
tre, como...  
*Examen*<sup>6</sup>.

cuatro tem...  
clara y f...  
y flemáti...  
viduos. H...  
humores e...  
dos cualid...

Las...  
gasto de...  
hiriendo...

<sup>3</sup> Cf. László FÖLDÉNYI, *Melancolía*, Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1996, pp. 163 y ss.

<sup>4</sup> Marc FUMAROLI, «La mélancolie et ses remèdes: la reconquête du sourire dans la France classique», en: Jean CLAIR (dir.), *Mélancolie, génie et folie en Occident*, París, Gallimard, 2005, p. 211.

<sup>5</sup> Ibídem, p. 211. La cursiva es nuestra.

<sup>6</sup> Juan

<sup>7</sup> <http://>

que interpreta, con las bases de la medicina clásica que viene del *Problema XXX* y de Galeno, la melancolía como un desequilibrio anormal en el cuerpo humano que lo hace proclive a la enfermedad, bien sea la locura, bien sea un abatimiento de cuerpo y alma, bien sea una tristeza sin razones, bien sea una huida híspida de las relaciones con sus congéneres, todo ello unido a diferentes manifestaciones de problemas de gases, de malas digestiones, de insomnio, de ataque de gota, etc.

Este cuadro que relaciona la melancolía con la enfermedad es el que alimenta gran parte de la literatura española del Renacimiento y del Manierismo. Hay incluso un fragmento de la obra de Huarte que se ha relacionado con el personaje de don Quijote, siendo considerado (por algunos estudiosos), el ejemplo que da nuestro médico del XVI, como el origen del personaje cervantino<sup>8</sup>. El texto de Huarte al que me refiero es del cap. IV [VII de 1594]:

Pero, para que se entienda por experiencia que si el celebro tiene el temperamento que piden las ciencias naturales no es menester maestro que nos enseñe, es necesario advertir en una cosa que acontesce cada día. Y es que si el hombre cae en alguna enfermedad por la cual el celebro de repente mude su temperatura (como es la manía, melancolía y frenesía) en un momento acontesce perder, si es prudente, cuanto sabe, y dice mil disparates; y si es nescio, adquiere más ingenio y habilidad que antes tenía.

En confirmación de lo cual no puedo dejar de referir lo que pasó en Córdoba el año 1570, estando la corte en esta ciudad, en la muerte de un loco cortesano que se llamaba Luis López; éste, en sanidad, tenía perdidas las obras del entendimiento, y de lo que tocaba a la imaginativa decía gracias y donaires de mucho contento; a éste le dio una calentura maligna de tabardillo, en medio de la cual vino de repente a tanto juicio de discreción, que espantó a toda la corte: por la cual razón le administraron los santos sacramentos, y testó con toda la cordura del mundo, y así murió, invocando la misericordia de Dios y pidiendo perdón de sus pecados.

En realidad, el ejemplo del loco Luis López es una intercalación posterior.

El ejemplo por excelencia en la literatura, para ver la unión entre enfermedad y melancolía durante el Renacimiento y el Manierismo español, lo encontramos en algunos de los personajes cervantinos. No sólo don Quijote. Pensemos en otros personajes de la misma novela, como el loco Cardenio (loco por amor) o el compulsivo protagonista del *Curioso impertinente*. Y fuera del *Quijote*, recordemos al loco de vidrio, al Tomás Rodaja de *El Licenciado Vidriera*. O a algún otro personaje del *Persiles*. Fumaroli nos dice en su artículo:

<sup>8</sup> Cf. Juan Bautista AVALLE-ARCE, *Don Quijote como forma de vida*, en concreto el cap. IV, «La locura de vivir», <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/56921623170258354261157/index.htm>

Junto  
mos un d  
(que es «  
-Timbrío,  
y la tradi  
do para la  
de liberta  
incrustada

Poco  
sanguínea  
de la prim  
se le des  
hombre p  
colía. Y,  
melancoli  
una melo  
de la seg

<sup>9</sup> Marc  
Jean CLAIR (C  
<sup>10</sup> Javi  
Valencia, Alf  
<sup>11</sup> Ibíd  
<sup>12</sup> Ibíd  
<sup>13</sup> Cf.  
<sup>14</sup> <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/56921623170258354261157/index.htm>

que interpreta, con las bases de la medicina clásica que viene del *Problema XXX* y de Galeno, la melancolía como un desequilibrio anormal en el cuerpo humano que lo hace proclive a la enfermedad, bien sea la locura, bien sea un abatimiento de cuerpo y alma, bien sea una tristeza sin razones, bien sea una huida híspida de las relaciones con sus congéneres, todo ello unido a diferentes manifestaciones de problemas de gases, de malas digestiones, de insomnio, de ataque de gota, etc.

Este cuadro que relaciona la melancolía con la enfermedad es el que alimenta gran parte de la literatura española del Renacimiento y del Manierismo. Hay incluso un fragmento de la obra de Huarte que se ha relacionado con el personaje de don Quijote, siendo considerado (por algunos estudiosos), el ejemplo que da nuestro médico del XVI, como el origen del personaje cervantino<sup>8</sup>. El texto de Huarte al que me refiero es del cap. IV [VII de 1594]:

Pero, para que se entienda por experiencia que si el celebro tiene el temperamento que piden las ciencias naturales no es menester maestro que nos enseñe, es necesario advertir en una cosa que acontesce cada día. Y es que si el hombre cae en alguna enfermedad por la cual el celebro de repente mude su temperatura (como es la manía, melancolía y frenesía) en un momento acontesce perder, si es prudente, cuanto sabe, y dice mil disparates; y si es nescio, adquiere más ingenio y habilidad que antes tenía.

En confirmación de lo cual no puedo dejar de referir lo que pasó en Córdoba el año 1570, estando la corte en esta ciudad, en la muerte de un loco cortesano que se llamaba Luis López; éste, en sanidad, tenía perdidas las obras del entendimiento, y de lo que tocaba a la imaginativa decía gracias y donaires de mucho contento; a éste le dio una calentura maligna de tabardillo, en medio de la cual vino de repente a tanto juicio de discreción, que espantó a toda la corte: por la cual razón le administraron los santos sacramentos, y testó con toda la cordura del mundo, y así murió, invocando la misericordia de Dios y pidiendo perdón de sus pecados.

En realidad, el ejemplo del loco Luis López es una intercalación posterior.

El ejemplo por excelencia en la literatura, para ver la unión entre enfermedad y melancolía durante el Renacimiento y el Manierismo español, lo encontramos en algunos de los personajes cervantinos. No sólo don Quijote. Pensemos en otros personajes de la misma novela, como el loco Cardenio (loco por amor) o el compulsivo protagonista del *Curioso impertinente*. Y fuera del *Quijote*, recordemos al loco de vidrio, al Tomás Rodaja de *El Licenciado Vidriera*. O a algún otro personaje del *Persiles*. Fumaroli nos dice en su artículo:

<sup>8</sup> Cf. Juan Bautista AVALLE-ARCE, *Don Quijote como forma de vida*, en concreto el cap. IV, «La locura de vivir», <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/56921623170258354261157/index.htm>

Junto  
mos un d  
(que es «  
-Timbrío,  
y la tradi  
do para la  
de libertad  
incrustada

Poco  
sanguínea  
de la prim  
se le des  
hombre p  
colía. Y,  
melancol  
una melo  
de la seg

<sup>9</sup> Marc  
Jean CLAIR (C  
<sup>10</sup> Javi  
Valencia, Alf  
<sup>11</sup> Ibíd  
<sup>12</sup> Ibíd  
<sup>13</sup> Cf.  
<sup>14</sup> <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/56921623170258354261157/index.htm>

Sin duda, todos estos resultados literarios tienen en su base al propio autor. Recordemos cómo lo encuentra su amigo *gracioso y bien entendido* en el Prólogo a la primera parte del *Ingenioso hidalgo*:

Muchas veces tomé la pluma para escribille [el prólogo], y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y, no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de don Quijote, y que me tenía de suerte que ni quería hacerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero.

—Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a cuestas, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina, sin aclaraciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes?<sup>15</sup>.

Vemos, pues, a Cervantes en pleno acceso de melancolía ante las dudas de su creatividad. Un entendimiento del creador tal y como nos lo mostrara Ficino en su *De vita triplici* o como mostrara a la propia *Melancolía* el pintor Durero por la misma época. Tampoco la obra aparece ajena a los conceptos melancólicos, pues Cervantes, como nos recuerda García Gibert, «se complace en dirigirlo [*El Quijote*], *more* terapéutico, a un público de melancólicos», y recuerda, para avalarlo, el consejo del ya mencionado amigo *gracioso y bien entendido*: «Leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa»<sup>16</sup>.

Si bien en el siglo XVI hay restos medievales, como sucede en la obra de Teresa de Jesús<sup>17</sup>, y luego en el XVIII habrá restos de la relación entre enfermedad

<sup>15</sup> <http://cvc.cervantes.es/obref/quijote/edicion/parteI/prologo/default.htm>

<sup>16</sup> Javier GARCÍA GIBERT, *Cervantes y la Melancolía. Ensayos sobre el tono y la actitud cervantinos*, cit., p. 90. Cf. Alan S. TRUEBLOOD, «La risa en el Quijote y la risa de don Quijote», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 4.1 (1984), pp. 3-23. <http://www.h-net.org/~cervantes/csa/artics84/truebloo.htm>

<sup>17</sup> El cap. VII de *Las fundaciones*, el titulado «De cómo se han de haber con las que tienen melancolía. Es necesario para las preladas», está escrito en San José de Salamanca, en 1573, antes de la publicación del *Examen de Huarte* (1575). En este capítulo se mezclan la concepción renacentista de melancolía como enfermedad y la medieval de la intervención diabólica. [http://www.mercaba.org/FICHAS/Santos/TdeJesus/fundaciones\\_02.htm#CAPÍTULO%207](http://www.mercaba.org/FICHAS/Santos/TdeJesus/fundaciones_02.htm#CAPÍTULO%207)

y melancolías de nudos niana y de propia de tel con diat y de pasado cl mediado e lo es por so por mo co carácter

Cier cada jove viene (má res— que paralelism de los pue Fumaroli palabras,

<sup>18</sup> Con dedicado a T que lo embar jas, demonio táridas, sangri triaca o el láu tos suyos cor dadera obra n

Sin la Na so cu ce 02

Claram sueño con la muerte? Los

<sup>19</sup> Cf. Huarte», http://

Sin duda, todos estos resultados literarios tienen en su base al propio autor. Recordemos cómo lo encuentra su amigo *gracioso y bien entendido* en el Prólogo a la primera parte del *Ingenioso hidalgo*:

Muchas veces tomé la pluma para escribille [el prólogo], y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y, no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de don Quijote, y que me tenía de suerte que ni quería hacerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero.

—Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea que, al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a cuestas, con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina, sin aclaraciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran a los leyentes y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes?<sup>15</sup>.

Vemos, pues, a Cervantes en pleno acceso de melancolía ante las dudas de su creatividad. Un entendimiento del creador tal y como nos lo mostrara Ficino en su *De vita triplici* o como mostrara a la propia *Melancolía* el pintor Durero por la misma época. Tampoco la obra aparece ajena a los conceptos melancólicos, pues Cervantes, como nos recuerda García Gibert, «se complace en dirigirlo [*El Quijote*], *more* terapéutico, a un público de melancólicos», y recuerda, para avalarlo, el consejo del ya mencionado amigo *gracioso y bien entendido*: «Leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa»<sup>16</sup>.

Si bien en el siglo XVI hay restos medievales, como sucede en la obra de Teresa de Jesús<sup>17</sup>, y luego en el XVIII habrá restos de la relación entre enfermedad

<sup>15</sup> <http://cvc.cervantes.es/obref/quijote/edicion/parteI/prologo/default.htm>

<sup>16</sup> Javier GARCÍA GIBERT, *Cervantes y la Melancolía. Ensayos sobre el tono y la actitud cervantinos*, cit., p. 90. Cf. Alan S. TRUEBLOOD, «La risa en el Quijote y la risa de don Quijote», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 4.1 (1984), pp. 3-23. <http://www.h-net.org/~cervantes/csa/artics84/truebloo.htm>

<sup>17</sup> El cap. VII de *Las fundaciones*, el titulado «De cómo se han de haber con las que tienen melancolía. Es necesario para las preladas», está escrito en San José de Salamanca, en 1573, antes de la publicación del *Examen de Huarte* (1575). En este capítulo se mezclan la concepción renacentista de melancolía como enfermedad y la medieval de la intervención diabólica. [http://www.mercaba.org/FICHAS/Santos/TdeJesus/fundaciones\\_02.htm#CAPÍTULO%207](http://www.mercaba.org/FICHAS/Santos/TdeJesus/fundaciones_02.htm#CAPÍTULO%207)

y melancolías de nudos niana y de propia de tel con diat y de pasado cl mediado e lo es por so por mo co carácter

Cier cada jove viene (má res— que paralelism de los pue Fumaroli palabras,

<sup>18</sup> Con dedicado a T que lo embar jas, demonio táridas, sangri triaca o el láu tos suyos cor dadera obra n

Sin la Na so cu ce 02

Claram sueño con la muerte? Los

<sup>19</sup> Cf. Huarte», http://

dos entre el Septentrión y la tórrida zona son prudentísimos. La cual postura responde puntualmente a nuestra región, y es cierto así. Porque España, ni es tan fría como los lugares del Norte, ni tan caliente como la tórrida zona. La misma sentencia trae Aristóteles preguntando por qué los que habitan tierras muy frías son de menos entendimiento que los que nacen en las más calientes; y en la respuesta trata muy mal a los flamencos, alemanes, ingleses y franceses, diciendo que su ingenio es como el de los borrachos, por la cual razón no puede inquirir ni saber la naturaleza de las cosas. Y la causa de esto es la mucha humedad que tienen en el celebro y en las demás partes del cuerpo; y así lo muestran la blancura del rostro y el color dorado del cabello, y que por maravilla se halla un alemán que sea calvo; y con esto, todos son crecidos y de larga estatura, por la mucha humedad, que hace dilatables las carnes. Todo lo cual se hace al revés en los españoles: son un poco morenos, el cabello negro, medianos de cuerpo, y los más los vemos calvos; la cual disposición dice Galeno que nace de estar caliente y seco el celebro. Y si esto es verdad, forzosamente han de tener ruín memoria y grande entendimiento; y los alemanes, grande memoria y poco entendimiento. Y, así, los unos no pueden saber latín, y los otros lo aprenden con facilidad. La razón que trae Aristóteles para probar el poco entendimiento de los que habitan debajo de Septentrión es que la mucha frialdad de la región revoca el calor natural adentro por antiparistasis, y no le deja disipar. Y, así, tiene mucha humedad y calor, por donde juntan gran memoria para las lenguas, y buena imaginativa, con la cual hacen relojes, suben el agua a Toledo, fingen maquinamientos y obras de mucho ingenio, las cuales no pueden fabricar los españoles por ser faltos de imaginativa. Pero metidos en dialéctica, filosofía, teología escolástica, medicina y leyes, más delicadezas dice un ingenio español en sus términos bárbaros, que un extranjero sin comparación, porque sacados éstos de la elegancia y policía con que lo escriben, no dicen cosa que tenga invención ni primor. En comprobación de esta doctrina, dice Galeno *in Scithiis, unus vir factus est philosophus: Athenis autem multi tales*; como si dijera: «En Escitia (que es una provincia que está debajo el Septentrión) por maravilla sale un hombre filósofo, y en Atenas todos nacen prudentes y sabios». Pero aunque a estos septentrionales les repugna la filosofía y las demás ciencias que hemos dicho, viéneles muy bien las matemáticas y astrología, por tener buena imaginativa<sup>20</sup>.

El melancólico por carácter está claramente manifestado en *El Criticón* de Gracián, y también en Quevedo, y en Góngora; pero, si el melancólico enfermo se manifiesta paradigmáticamente en la obra de Cervantes, el melancólico como carácter español se observa constantemente en *El Criticón*, donde incluso se sigue la teoría huartina de las edades. Expone Huarte:

La t  
Vejencia, c  
dicha terc

<sup>20</sup> [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01371741544583735212257/p0000003.htm#I\\_25](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01371741544583735212257/p0000003.htm#I_25)

<sup>21</sup> [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01371741544583735212257/p0000003.htm#I\\_25](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01371741544583735212257/p0000003.htm#I_25)

dos entre el Septentrión y la tórrida zona son prudentísimos. La cual postura responde puntualmente a nuestra región, y es cierto así. Porque España, ni es tan fría como los lugares del Norte, ni tan caliente como la tórrida zona. La misma sentencia trae Aristóteles preguntando por qué los que habitan tierras muy frías son de menos entendimiento que los que nacen en las más calientes; y en la respuesta trata muy mal a los flamencos, alemanes, ingleses y franceses, diciendo que su ingenio es como el de los borrachos, por la cual razón no puede inquirir ni saber la naturaleza de las cosas. Y la causa de esto es la mucha humedad que tienen en el celebro y en las demás partes del cuerpo; y así lo muestran la blancura del rostro y el color dorado del cabello, y que por maravilla se halla un alemán que sea calvo; y con esto, todos son crecidos y de larga estatura, por la mucha humedad, que hace dilatables las carnes. Todo lo cual se hace al revés en los españoles: son un poco morenos, el cabello negro, medianos de cuerpo, y los más los vemos calvos; la cual disposición dice Galeno que nace de estar caliente y seco el celebro. Y si esto es verdad, forzosamente han de tener ruín memoria y grande entendimiento; y los alemanes, grande memoria y poco entendimiento. Y, así, los unos no pueden saber latín, y los otros lo aprenden con facilidad. La razón que trae Aristóteles para probar el poco entendimiento de los que habitan debajo de Septentrión es que la mucha frialdad de la región revoca el calor natural adentro por antiparistasis, y no le deja disipar. Y, así, tiene mucha humedad y calor, por donde juntan gran memoria para las lenguas, y buena imaginativa, con la cual hacen relojes, suben el agua a Toledo, fingen maquinamientos y obras de mucho ingenio, las cuales no pueden fabricar los españoles por ser faltos de imaginativa. Pero metidos en dialéctica, filosofía, teología escolástica, medicina y leyes, más delicadezas dice un ingenio español en sus términos bárbaros, que un extranjero sin comparación, porque sacados éstos de la elegancia y policía con que lo escriben, no dicen cosa que tenga invención ni primor. En comprobación de esta doctrina, dice Galeno *in Scithiis, unus vir factus est philosophus: Athenis autem multi tales*; como si dijera: «En Escitia (que es una provincia que está debajo el Septentrión) por maravilla sale un hombre filósofo, y en Atenas todos nacen prudentes y sabios». Pero aunque a estos septentrionales les repugna la filosofía y las demás ciencias que hemos dicho, viéneles muy bien las matemáticas y astrología, por tener buena imaginativa<sup>20</sup>.

El melancólico por carácter está claramente manifestado en *El Criticón* de Gracián, y también en Quevedo, y en Góngora; pero, si el melancólico enfermo se manifiesta paradigmáticamente en la obra de Cervantes, el melancólico como carácter español se observa constantemente en *El Criticón*, donde incluso se sigue la teoría huartina de las edades. Expone Huarte:

La t  
Vejencia, c  
dicha terc

<sup>20</sup> [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01371741544583735212257/p0000003.htm#I\\_25](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01371741544583735212257/p0000003.htm#I_25)

<sup>21</sup> [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01371741544583735212257/p0000003.htm#I\\_25](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01371741544583735212257/p0000003.htm#I_25)

Estaban ya nuestros dos peregrinos del mundo, los andantes de la vida, al pie de los Alpes canos, comenzando Andrenio a dar en el blanco [encanecer], cuando Critilo en los dejos de cisne. Era la región tan destemplada y tan triste que, entrados en ella, a todos se les heló la sangre.

—Éstas —decía Andrenio— más parecen puertas de la muerte que puertos de la vida<sup>22</sup>.

Y más adelante:

—¡Qué región tan malhumorada es ésta! —se lamentaba Andrenio.

—¡Y qué malsana! —añadió Critilo—. Trocáronse los fervores de la sangre en horrores de la melancolía, las carcajadas en ayes: todo es frialdad y tristeza. Esto iban melancólicamente discurriendo<sup>23</sup>.

La melancolía aparece claramente como equivalente de tristeza. Y poco más adelante se confirma esto cuando, hablando de la doblez propia de la vejez (y considerando a todos los viejos como Janos), dice: «Veréis la una faz muy humana, cuando la otra muy grave; tan jovial ésta cuan saturnina aquélla»<sup>24</sup>. Y no es que ignore Gracián la teoría de los humores, pues la tiene, poco después, en mente, cuando, en un episodio muy quevedesco entre un amo (muy remendado de miembros) y su criado (asustando de verlo tan descoyuntado al desnudarse), comenta Gracián del amo: «Mas éste, que debía tener mejor humor que humores»<sup>25</sup>.

Tal y como hemos enunciado antes, con Gracián se ejemplifica a la perfección el paso de *melancolía* como *enfermedad* a *melancolía* como *carácter humano* (que no *temperamento*), el matiz es necesario pues en la tradición el temperamento está unido a los humores del cuerpo y su proporción en el mismo). Ahora ser melancólico es mostrar severidad y tristeza ante el mundo y ante los demás hombres. Por eso dice en un momento determinado el zahorí, que todo lo sabe ver en los hombres a los que mira:

—Otra cosa más, que he topado muchos que no tenían la lengua trabada con el corazón, ni los ojos unidos con el seso, con dependencia dél; otros, que no tienen hiel.

—¡Qué linda vida pasarán éso! —dijo Critilo.

—Sí, porque nada sienten, de nada se consumen ni melancolizan. Pero lo que es más de admirar, que hay algunos que no tienen corazón.

—Pues ¿cómo pueden vivir?

—Antes, más y mejor, sin cuidados: que corazón se dijo del curarse y tener cuidados. A los tales nada les da pena, no se les viene a consumir como el célebre

Aqu  
sión hisp  
buen estó  
por envid  
el buen o  
y de las ra  
por juego  
colizar co  
pueblo es

Insis  
la tercera  
mera vez

Y ha  
vados los  
brotá en e

<sup>22</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_1](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_1)

<sup>23</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_1](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_1)

<sup>24</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_1](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_1)

<sup>25</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_1](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_1)

<sup>26</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_1](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_1)

Estaban ya nuestros dos peregrinos del mundo, los andantes de la vida, al pie de los Alpes canos, comenzando Andrenio a dar en el blanco [encanecer], cuando Critilo en los dejos de cisne. Era la región tan destemplada y tan triste que, entrados en ella, a todos se les heló la sangre.

—Éstas —decía Andrenio— más parecen puertas de la muerte que puertos de la vida<sup>22</sup>.

Y más adelante:

—¡Qué región tan malhumorada es ésta! —se lamentaba Andrenio.

—¡Y qué malsana! —añadió Critilo—. Trocáronse los fervores de la sangre en horrores de la melancolía, las carcajadas en ayes: todo es frialdad y tristeza. Esto iban melancólicamente discurriendo<sup>23</sup>.

La melancolía aparece claramente como equivalente de tristeza. Y poco más adelante se confirma esto cuando, hablando de la doblez propia de la vejez (y considerando a todos los viejos como Janos), dice: «Veréis la una faz muy humana, cuando la otra muy grave; tan jovial ésta cuan saturnina aquélla»<sup>24</sup>. Y no es que ignore Gracián la teoría de los humores, pues la tiene, poco después, en mente, cuando, en un episodio muy quevedesco entre un amo (muy remendado de miembros) y su criado (asustando de verlo tan descoyuntado al desnudarse), comenta Gracián del amo: «Mas éste, que debía tener mejor humor que humores»<sup>25</sup>.

Tal y como hemos enunciado antes, con Gracián se ejemplifica a la perfección el paso de *melancolía* como *enfermedad* a *melancolía* como *carácter humano* (que no *temperamento*), el matiz es necesario pues en la tradición el temperamento está unido a los humores del cuerpo y su proporción en el mismo). Ahora ser melancólico es mostrar severidad y tristeza ante el mundo y ante los demás hombres. Por eso dice en un momento determinado el zahorí, que todo lo sabe ver en los hombres a los que mira:

—Otra cosa más, que he topado muchos que no tenían la lengua trabada con el corazón, ni los ojos unidos con el seso, con dependencia dél; otros, que no tienen hiel.

—¡Qué linda vida pasarán éso! —dijo Critilo.

—Sí, porque nada sienten, de nada se consumen ni melancolizan. Pero lo que es más de admirar, que hay algunos que no tienen corazón.

—Pues ¿cómo pueden vivir?

—Antes, más y mejor, sin cuidados: que corazón se dijo del curarse y tener cuidados. A los tales nada les da pena, no se les viene a consumir como el célebre

Aqu  
sión hisp  
buen estó  
por envid  
el buen o  
y de las ra  
por juego  
colizar co  
pueblo es

Insis  
la tercera  
mera vez

Y ha  
vados los  
brotá en e

<sup>22</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_1](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_1)

<sup>23</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_1](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_1)

<sup>24</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_1](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_1)

<sup>25</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_1](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_1)

<sup>26</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_1](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_1)

tillos de perlas; y ella, siempre triste que necia, enfadada de todo y enfadando a todos, que ni vivía ni dejaba vivir, de modo que llegó rematada de impertinente. Pues os aseguro que luego que bebió del eficacísimo néctar, depuesta la ceremoniosa autoridad regia, se puso a bailar, a reír y cantar, diciendo que se iba hacia las alturas<sup>27</sup>.

Apenas un poco después, continúa el texto: «Y eso es nada, que yo le vi al más severo Catón, al español más tétrico, dar carcajadas en bebiéndole, que por eso le llamaron los italianos *alegra core*»<sup>28</sup>. El paso desde el caso particular (el de la princesa melancólica, que parece salida de un relato pastoril) al general (el del carácter melancólico español) es evidente. Se deduce de lo dicho, que todos los españoles son tétricos y que al más de ellos lo vio el relator, una vez que hubo bebido en la fuente, trocado en un hombre de alegre corazón. Todos los españoles son, pues, severos Catones. Lo que implica: censores, serios, honestos (a Catón lo hicieron famoso sus altos valores morales y su virtud incorruptible) y también se hace evidente en el texto una relación entre hombre sabio (Catón) y melancolía.

Pero incidímos en el carácter melancólico del español. Gracián va haciendo, a la zaga de la caracterología de Huarte, todo un panorama contrastivo del ser español con respecto a otras nacionalidades europeas. Y aún más, de los diferentes caracteres regionales. Así, en la crisi tercera de esta misma tercera parte dice:

Pero lo más es que, en viendo a cualquiera, le atinaba la nación; y así, de un invencionero dijo:

—Éste, sin más ver, es italiano.

De un desvanecido, inglés; de un desmazalado, alemán; de un sencillo, vizcaíno; de un altivo, castellano; de un cuitado, gallego; de un bárbaro, catalán; de un poca cosa, valenciano; de un alborotado alborotador, mallorquín; de un desdichado, sardo; de un tozudo, aragonés; de un crédulo, francés; de un encantado, danao [danés]; y así de todos los otros. No sólo la nación, pero el estado y el empleo adivinaba<sup>29</sup>.

Poco más adelante, todavía en esta misma crisi, dedica amplio espacio a Germania:

—Extraño dejo ha sido el de Alemania —decía Andrenio.

Y Critilo:

—Sí, cual yo me lo imaginaba.

<sup>27</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_2](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_2)

<sup>28</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_2](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_2)

<sup>29</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_3](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_3)

tillos de perlas; y ella, siempre triste que necia, enfadada de todo y enfadando a todos, que ni vivía ni dejaba vivir, de modo que llegó rematada de impertinente. Pues os aseguro que luego que bebió del eficacísimo néctar, depuesta la ceremoniosa autoridad regia, se puso a bailar, a reír y cantar, diciendo que se iba hacia las alturas<sup>27</sup>.

Apenas un poco después, continúa el texto: «Y eso es nada, que yo le vi al más severo Catón, al español más tétrico, dar carcajadas en bebiéndole, que por eso le llamaron los italianos *alegra core*»<sup>28</sup>. El paso desde el caso particular (el de la princesa melancólica, que parece salida de un relato pastoril) al general (el del carácter melancólico español) es evidente. Se deduce de lo dicho, que todos los españoles son tétricos y que al más de ellos lo vio el relator, una vez que hubo bebido en la fuente, trocado en un hombre de alegre corazón. Todos los españoles son, pues, severos Catones. Lo que implica: censores, serios, honestos (a Catón lo hicieron famoso sus altos valores morales y su virtud incorruptible) y también se hace evidente en el texto una relación entre hombre sabio (Catón) y melancolía.

Pero incidímos en el carácter melancólico del español. Gracián va haciendo, a la zaga de la caracterología de Huarte, todo un panorama contrastivo del ser español con respecto a otras nacionalidades europeas. Y aún más, de los diferentes caracteres regionales. Así, en la crisi tercera de esta misma tercera parte dice:

Pero lo más es que, en viendo a cualquiera, le atinaba la nación; y así, de un invencionero dijo:

—Éste, sin más ver, es italiano.

De un desvanecido, inglés; de un desmazalado, alemán; de un sencillo, vizcaíno; de un altivo, castellano; de un cuitado, gallego; de un bárbaro, catalán; de un poca cosa, valenciano; de un alborotado alborotador, mallorquín; de un desdichado, sardo; de un tozudo, aragonés; de un crédulo, francés; de un encantado, danao [danés]; y así de todos los otros. No sólo la nación, pero el estado y el empleo adivinaba<sup>29</sup>.

Poco más adelante, todavía en esta misma crisi, dedica amplio espacio a Germania:

—Extraño dejo ha sido el de Alemania —decía Andrenio.

Y Critilo:

—Sí, cual yo me lo imaginaba.

<sup>27</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_2](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_2)

<sup>28</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_2](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_2)

<sup>29</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_3](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_3)

—Tiene dos cuerpos de un español cada alemán.

—Sí, pero no medio corazón.

—¡Qué corpulentos!

—Pero sin alma<sup>30</sup>.

En la misma crisi, dirá poco más adelante: «—¿Cómo que qué importa? —levantó la voz el cortesano—. ¡Qué linda flema la vuestra! Mucha Alemania gastaís». Y Evaristo Correa Calderón anota las siguientes palabras de Romera-Navarro: «No deja de ser original este *gastar Alemania*, por gastar flema»<sup>31</sup>.

Cuando los peregrinos descubren la corte del Saber, estaba esperándoles un raro personaje (por su poca abundancia), todo sesos, es decir, todo cordura: «Él era castellano en lo sustancial, aragonés en lo cuerdo, portugués en lo juicioso, y todo español en ser hombre de mucha sustancia»<sup>32</sup>. Anda parejas Gracián con Huarte en cuanto a dar la preeminencia al carácter español, oponiéndolo con total crudeza a sus vecinos europeos, como cuando en la crisi séptima comenta: «Había chimeneas de todos modos, unas a la francesa, muy disimuladas y angostas, otras a la española, muy campanudas y huecas, para que aun en esto se muestre la natural antipatía destas dos naciones opuestas en todo, en el vestir, en el comer, en el andar y hablar, en los genios e ingenios»<sup>33</sup>. Podríamos eternizarnos en los ejemplos del *Criticón*, pero lo considero innecesario.

Que el melancólico es el carácter propio de los españoles parecen tenerlo claro los europeos del siglo XVII, y es cosa asumida por los mismos implicados. Si nuestra mejor literatura coincide con la exaltación europea del tema melancólico, resulta natural que dicha moda haya quedado prendida en nuestras mejores composiciones. Pero ¿es sólo eso? ¿O más bien el carácter melancólico español, previo y bien conocido, potenció los resultados artísticos? De ser así, todo nos venía de cara: el auge de la lengua castellana, la consolidación del Imperio, la moda de nuestro carácter melancólico.

Cuando Unamuno dedica un artículo suyo a hablar *De las tristezas españolas: la acedia*, comenta el parecer de los extranjeros sobre el carácter español en estos términos: «Es corriente leer en franceses que conocen las cosas de espíritu de España que hablan del castellano *altier et morne*; los ingleses le llaman *proud and gloomy*, orgulloso y triste»<sup>34</sup>.

<sup>30</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_3](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_3)

<sup>31</sup> Baltasar GRACIÁN, *El Criticón*, III, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, p. 82, notas 13-14.

<sup>32</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_6](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_6)

<sup>33</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_7](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_7)

<sup>34</sup> Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas III. Nuevos Ensayos*, Madrid, Escélicer, 1968, pp. 755-756.

<sup>35</sup> Ram

<sup>36</sup> El e

número de au

—Tiene dos cuerpos de un español cada alemán.

—Sí, pero no medio corazón.

—¡Qué corpulentos!

—Pero sin alma<sup>30</sup>.

En la misma crisi, dirá poco más adelante: «—¿Cómo que qué importa? —levantó la voz el cortesano—. ¡Qué linda flema la vuestra! Mucha Alemania gastaís». Y Evaristo Correa Calderón anota las siguientes palabras de Romera-Navarro: «No deja de ser original este *gastar Alemania*, por gastar flema»<sup>31</sup>.

Cuando los peregrinos descubren la corte del Saber, estaba esperándoles un raro personaje (por su poca abundancia), todo sesos, es decir, todo cordura: «Él era castellano en lo sustancial, aragonés en lo cuerdo, portugués en lo juicioso, y todo español en ser hombre de mucha sustancia»<sup>32</sup>. Anda parejas Gracián con Huarte en cuanto a dar la preeminencia al carácter español, oponiéndolo con total crudeza a sus vecinos europeos, como cuando en la crisi séptima comenta: «Había chimeneas de todos modos, unas a la francesa, muy disimuladas y angostas, otras a la española, muy campanudas y huecas, para que aun en esto se muestre la natural antipatía destas dos naciones opuestas en todo, en el vestir, en el comer, en el andar y hablar, en los genios e ingenios»<sup>33</sup>. Podríamos eternizarnos en los ejemplos del *Criticón*, pero lo considero innecesario.

Que el melancólico es el carácter propio de los españoles parecen tenerlo claro los europeos del siglo XVII, y es cosa asumida por los mismos implicados. Si nuestra mejor literatura coincide con la exaltación europea del tema melancólico, resulta natural que dicha moda haya quedado prendida en nuestras mejores composiciones. Pero ¿es sólo eso? ¿O más bien el carácter melancólico español, previo y bien conocido, potenció los resultados artísticos? De ser así, todo nos venía de cara: el auge de la lengua castellana, la consolidación del Imperio, la moda de nuestro carácter melancólico.

Cuando Unamuno dedica un artículo suyo a hablar *De las tristezas españolas: la acedia*, comenta el parecer de los extranjeros sobre el carácter español en estos términos: «Es corriente leer en franceses que conocen las cosas de espíritu de España que hablan del castellano *altier et morne*; los ingleses le llaman *proud and gloomy*, orgulloso y triste»<sup>34</sup>.

<sup>30</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_3](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_3)

<sup>31</sup> Baltasar GRACIÁN, *El Criticón*, III, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, p. 82, notas 13-14.

<sup>32</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_6](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_6)

<sup>33</sup> [http://es.wikisource.org/wiki/El\\_Critic%C3%B3n.\\_Tercera\\_parte:\\_Crisi\\_7](http://es.wikisource.org/wiki/El_Critic%C3%B3n._Tercera_parte:_Crisi_7)

<sup>34</sup> Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas III. Nuevos Ensayos*, Madrid, Escélicer, 1968, pp. 755-756.

<sup>35</sup> Ram

<sup>36</sup> El e

número de au

ser perseguido, tener envidia o ser envidiado, murmurar o ser murmurado; porque allí a muchos quitan la gorra que les querrán más quitar la cabeza. No lo afirmo, mas sospécholo, que en las cortes de los príncipes son pocos, y muy pocos, y aun muy poquitos y muy repoquitos, los que se tienen entera amistad y se guardan fidelidad; porque allí, con tal que el cortesano haga su facto, poco se le da perder o ganar al amigo. [...] por manera que huelgan de meter en sus casas la guerra por echar de casa de otro la paz<sup>37</sup>.

En nuestras cortes y repúblicas, en las cuales hay ya tanto número de malos, se cometan tan atroces delitos, que lo que castigaban los antiguos por mortal, disimulan en este tiempo por venial<sup>38</sup>.

Ciertamente es el período Barroco el que muestra sumergidas a todas las artes españolas en la experiencia profunda de la melancolía. Lo constatamos en obras narrativas tan importantes como *Guzmán de Alfarache* o el ya mencionado *Criticón*. Igualmente hay ejemplos magníficos en la poesía barroca española. Es ésta la poesía del desengaño, vital en general y amoroso en particular. La descreencia en el hombre, que hemos visto en Gracián. Los grandes poetas (entre una pléyade de segundones magníficos) que son Quevedo y Góngora van a poetizar el reverso de la ilusión amorosa: «Déjame en paz, Amor tirano, / Déjame en paz», de la letrilla gongorina, o del soneto de Quevedo que dice:

Aguarda, riguroso pensamiento, / no pierdas el respeto a cuyo eres. / Imagen, sol o sombra, ¿qué me quieres? / Déjame sosegar en mi aposento. // Divina Tirsis, abrasarme siento; / sé blanda como hermosa entre mujeres; / mira que ausente como estás me hieres; / afloja ya las cuerdas al tormento. // Hablándote a mis solas me anocrece; / contigo anda cansada el alma mía; / contigo razo- nando me amanece. // Tú la noche me ocupas y tú el día; / sin ti todo me afli- ge y entristece / y en ti mi mismo mal me da alegría<sup>39</sup>.

Ese «déjame sosegar en mi aposento» del primer cuarteto indica el deseo de retirada del mundo y de que triunfe la melancolía del que sin duda ha sido su gran antídoto desde que lo planteó el *Problema XXX: Eros*. Un Eros sin los ribetes pre-melancólicos de la poesía cortesana y petrarquista. La oscura concepción respecto a la vida en general, Quevedo nos la ofrece en sus más impresionantes poemas metafísicos:

«¡Ah de la vida!... ¿Nadie me responde? / ¡Aquí de los antaños que he vivido! / La Fortuna mis tiempos ha mordido; / las Horas mi locura las esconde. // ¡Que sin poder saber cómo ni adónde, / la salud y la edad se hayan huido! /

<sup>37</sup> <http://www.filosofia.org/cla/gue/gueca15.htm>

<sup>38</sup> <http://www.filosofia.org/cla/gue/gueca13.htm>

<sup>39</sup> Francisco de QUEVEDO, *Obras Completas I. Poesía Original*, Barcelona, Planeta, 1971<sup>3</sup>, pp. 378-379. Cf. [http://es.wikisource.org/wiki/Soneto\\_amoroso\\_\(Aguarda,\\_riguroso\\_pensamiento\)](http://es.wikisource.org/wiki/Soneto_amoroso_(Aguarda,_riguroso_pensamiento))

Per  
fuerteme  
que va a  
Quevedo  
España c  
Héráclito

Se u  
po, el otro  
todo lo de  
ticos de n  
A las ruin  
los tiempos

Difíc  
cuando d  
colía com  
como una  
tual (prin  
intelectua  
cuanto he  
Jovellano  
en mejilla

<sup>40</sup> Ibíd

<sup>41</sup> Nos

*lías española*

<sup>42</sup> Fran

[source.org/w](http://source.org/w)

<sup>43</sup> Stan

ser perseguido, tener envidia o ser envidiado, murmurar o ser murmurado; porque allí a muchos quitan la gorra que les querrán más quitar la cabeza. No lo afirmo, mas sospécholo, que en las cortes de los príncipes son pocos, y muy pocos, y aun muy poquitos y muy repoquitos, los que se tienen entera amistad y se guardan fidelidad; porque allí, con tal que el cortesano haga su facto, poco se le da perder o ganar al amigo. [...] por manera que huelgan de meter en sus casas la guerra por echar de casa de otro la paz<sup>37</sup>.

En nuestras cortes y repúblicas, en las cuales hay ya tanto número de malos, se cometan tan atroces delitos, que lo que castigaban los antiguos por mortal, disimulan en este tiempo por venial<sup>38</sup>.

Ciertamente es el período Barroco el que muestra sumergidas a todas las artes españolas en la experiencia profunda de la melancolía. Lo constatamos en obras narrativas tan importantes como *Guzmán de Alfarache* o el ya mencionado *Criticón*. Igualmente hay ejemplos magníficos en la poesía barroca española. Es ésta la poesía del desengaño, vital en general y amoroso en particular. La descreencia en el hombre, que hemos visto en Gracián. Los grandes poetas (entre una pléyade de segundones magníficos) que son Quevedo y Góngora van a poetizar el reverso de la ilusión amorosa: «Déjame en paz, Amor tirano, / Déjame en paz», de la letrilla gongorina, o del soneto de Quevedo que dice:

Aguarda, riguroso pensamiento, / no pierdas el respeto a cuyo eres. / Imagen, sol o sombra, ¿qué me quieres? / Déjame sosegar en mi aposento. // Divina Tirsis, abrasarme siento; / sé blanda como hermosa entre mujeres; / mira que ausente como estás me hieres; / afloja ya las cuerdas al tormento. // Hablándote a mis solas me anocrece; / contigo anda cansada el alma mía; / contigo razo- nando me amanece. // Tú la noche me ocupas y tú el día; / sin ti todo me afli- ge y entristece / y en ti mi mismo mal me da alegría<sup>39</sup>.

Ese «déjame sosegar en mi aposento» del primer cuarteto indica el deseo de retirada del mundo y de que triunfe la melancolía del que sin duda ha sido su gran antídoto desde que lo planteó el *Problema XXX: Eros*. Un Eros sin los ribetes pre-melancólicos de la poesía cortesana y petrarquista. La oscura concepción respecto a la vida en general, Quevedo nos la ofrece en sus más impresionantes poemas metafísicos:

«¡Ah de la vida!... ¿Nadie me responde? / ¡Aquí de los antaños que he vivido! / La Fortuna mis tiempos ha mordido; / las Horas mi locura las esconde. // ¡Que sin poder saber cómo ni adónde, / la salud y la edad se hayan huido! /

<sup>37</sup> <http://www.filosofia.org/cla/gue/gueca15.htm>

<sup>38</sup> <http://www.filosofia.org/cla/gue/gueca13.htm>

<sup>39</sup> Francisco de QUEVEDO, *Obras Completas I. Poesía Original*, Barcelona, Planeta, 1971<sup>3</sup>, pp. 378-379. Cf. [http://es.wikisource.org/wiki/Soneto\\_amoroso\\_\(Aguarda,\\_riguroso\\_pensamiento\)](http://es.wikisource.org/wiki/Soneto_amoroso_(Aguarda,_riguroso_pensamiento))

Per  
fuerteme  
que va a  
Quevedo  
España c  
Héráclito

Se u  
po, el otro  
todo lo de  
ticos de n  
A las ruin  
los tiempos

Difíc  
cuando d  
colía com  
como una  
tual (prin  
intelectua  
cuanto he  
Jovellano  
en mejilla

<sup>40</sup> Ibíd

<sup>41</sup> Nos

*lías española*

<sup>42</sup> Fran

[source.org/w](http://source.org/w)

<sup>43</sup> Stan

Las bases sociopolíticas de la España de la melancolía no habían sido destruidas ni siquiera al adentrarnos en el siglo XX. En 1916, Unamuno, pilar de la llamada Generación del 98, concluye el artículo al que ya nos hemos referido:

¡Triste vida española, vida de hidalgos y licenciados locos, de pícaros y mendigos ciegos! ¡Cuántas esperanzas tronchadas en flor! ¡Cuántos ingenios derretidos en un triste ocaso de acedia y de desengaño! Este año se celebrará, con toda la ridiculez y dota la ruindad de las celebraciones oficiales, el tercer centenario de la muerte melancólica del pobre Cervantes, el profeta del desengaño. ¿Habrá quien recuerde y comente las palabras brotadas del corazón acongojado del manco de Lepanto, que el ex loco Tomás Rodaja dijo al salir para siempre de la corte de las Españas? Son palabras de acedia, de triste acedia, de agrura, de dolorida agrura. Cierto es que Tomás Rodaja, el encogido y vergonzoso, fue como lo fue Cervantes, un orgulloso. Y, si no hubiera sido por el orgullo, ¿cómo habría podido vivir en el lóbrego convento de la patria?<sup>44</sup>

O cojámosle a Díaz-Plaja esta frase de Ortega y Gasset, según él, escalofriante y muy poco recordada: «Léase con un poco de buen sentido nuestro Parnaso del siglo XVII, e inténtese, partiendo de él, reconstruir el tipo de alma que lo ha fraguado. El que haga esta experiencia acabará echándose las manos a la cabeza, sobrecogido de espanto»<sup>45</sup>.

\* David Pujante. Universidad de Valladolid.

\*\* El autor ha remodelado su conferencia de abril de 2008 dada en el Hospital Psiquiátrico Dr. Villacián.

<sup>44</sup> Ibídem, p. 758.

<sup>45</sup> Citado por Guillermo Díaz-PLAJA, *Tratado de las melancolías españolas*, p. 230.